

NOTAS

Una mirada a la obra histórico-médica del profesor Juan Riera¹

FRANCISCO HERRERA RODRÍGUEZ
Universidad de Cádiz

«El fenómeno de ver escribir a un hombre sin respirar prácticamente —se entiende, cosas inteligibles— me desconcierta, me deja parado, me admira. Quizás este hecho se encuentra en el origen de toda literatura posible».

Josep Pla, *El cuaderno gris*.

Hace unos meses, en el ingreso de don Juan Riera como Correspondiente de Mérito de la Real Academia de Medicina de Cádiz dije que este valenciano, afincado en Valladolid, me parecía algo así como el Mediterráneo adentrándose en el páramo castellano; un territorio éste aglutinador, sí, pero que no ha podido con su imparable vitalidad. Don Juan no ha podido cambiar a Castilla; pero como era de esperar, conociendo su personalidad, Castilla no ha podido cambiarlo a él.

En el citado evento gaditano cité también la célebre frase de Charles Chaplin que dice que *«el hombre no muere cuando deja de vivir, pero sí cuando deja de amar»*. Y don Juan Riera, creo que esto lo saben los que lo conocen bien, ama con vehemencia a la vida, a su familia y a su oficio de historiador de la medicina. Y ama y respeta a la persona y a la obra de su maestro don Luis Sánchez Granjel.

Por todo lo que he apuntado me alegro de que nuevamente el profesor Urkía, como un Quijote del norte peninsular, haya restablecido el sentido del *«ius»* latino; es decir, de dar a cada uno lo suyo; porque, en definitiva, Urkía, con esta reunión hace justicia con la persona y la obra científica del profesor Riera, al igual que en otras ocasiones lo ha hecho con Granjel, Barriola o Laín Entralgo.



El Prof. Riera y el prof. Urkía en Cádiz, en el Congreso de la SEHCYT, 2005. (Fotografía de FHR).

Creo que a Riera lo definen algunos adjetivos; efectivamente, a todos y a cada uno de nosotros nos pueden aplicar adjetivos calificativos; aunque en su caso si nos fijamos bien podemos utilizarlos de modo dialéctico, como lo hacía ese presocrático llamado Alcmeón de Crotona, de manera que al final resulta un notable «*equilibrio de las potencias*». Me explico.

Don Juan Riera es «*especialista*». Esto es verdad, ya que domina como nadie la medicina española del siglo XVIII; pero también es un hombre «*plural*» cuando encarna el oficio de historiador de la medicina. Creo que pocos, de entre todos nosotros, han escrito páginas que abarquen de la transición de la Edad Media a la Edad Moderna, el Renacimiento, el siglo XVII, el propio siglo XVIII o los siglos XIX y XX. No encasillemos, pues, a Riera como especialista en la medicina española del siglo XVIII; por mucho que sus aportaciones en esta línea sean muy notables, y eso se encargarán de demostrarlo el profesor Granjel dentro de un momento y mañana el profesor Carreras Panchón.

Creo sinceramente que Riera, como ese ácrata festivo llamado Chicho Sánchez Ferlosio, puede afirmar aquello de «*dicen que son mis coplas del XVIII, porque yo a*

lo podrido lo llamo *pocho*»; y, a la vez y como contrapunto, aquello otro de «*dicen que son mis coplas del XIX, porque le llamo blanca a la blanca nieve*». No nos equivoquemos, pues, que a poco que estudiemos la obra de Juan Riera comprobamos que ésta ofrece perfiles de alta especialización, pero también de gran pluralidad. Y eso es debido a que el profesor Riera es un hombre «*culto*». Y fíjense que digo culto, y que no digo «*erudito*» que también lo es, ya que la erudición normalmente suele tropezar porque se queda tan sólo en el dato romo y miope, mientras que el hombre culto es capaz de infundir aires y vuelos de libertad a los hechos y a las ideas. Erudito y culto, sí; pero un hombre erudito y culto que transita por los andamios de la libertad y de la sobriedad; y esto a veces, querido don Juan, se paga en este país con el silencio de los que miran para otro lado y de los que no tienen grandeza de espíritu, ya que tan sólo están capacitados para idolatrar a su propio ego y a sus intereses personales.

Pero aún encuentro, como mínimo, otros dos adjetivos que le pueden ser aplicados al profesor Riera: «*riguroso*» y «*veloz*». No sé por qué en principio estos dos adjetivos pueden resultar antitéticos, y desde mi punto de vista y en su caso creo que resultan complementarios. Hermosa y machadiana palabra ésta de complementario, que me trae a la memoria a Juan de Mairena. A lo que se ve tendré que explicarme nuevamente. Riera, efectivamente, es un hombre riguroso en su trabajo en los archivos; ya sea en Simancas, en el Viso del Marqués o en el Archivo Histórico Nacional; pero cuando este hombre tiene la información y los datos asimilados, sus dedos corren veloces por la máquina de escribir o por el teclado del ordenador. En más de una ocasión he pensado que Riera sintetiza en su persona la cautela del historiador, pero también la fluidez del periodista que comunica una noticia o los resultados de una investigación. Por eso me he preguntado también si nuestro querido maestro, cosa que desconozco, ha mantenido «*columna*» o artículo de opinión en algún periódico vallisoletano. Fíjense, yo creo que no, y a lo mejor me equivoco. Sobre este particular diré lo que a mí me parece y es que probablemente Riera habrá publicado en la prensa periódica en circunstancias muy especiales y no de forma constante y cotidiana, porque a don Juan creo que le vale también el adjetivo «*exuberante*», pero también creo que es un hombre «*contenido*» y «*prudente*» cuando escribe, aunque lo haga con tanta velocidad. Verbalmente exuberante, sí; pero prudente en la comunicación historiográfica cuando escribe, y no creo que su prudencia lo lleve a escribir de forma regular en los periódicos.

Pero aún añadiré otro adjetivo: «*cabal*». A don Juan Riera se le ve venir, no engaña a nadie, sabe manejarse en el olimpo de los archivos y en los consejos de departamentos. Quiero decir que este hombre del Mediterráneo llamado Riera sabe vivir en el ámbito habitable de los archivos, pero también entre los artesanos de la tierra, y eso lo acerca al calificativo «*fiel*»; sí, al menos desde mi punto de vista Riera es un hombre fiel: a su familia, a su oficio y a su maestro don Luis Sánchez Granjel, que no es poco. En esto, como en todo, habrá otros que puedan opinar de forma contraria; pero no se olvide que don Juan Riera no ha desaprovechado ocasión para

recordar y agradecer el magisterio y la enseñanza recibida de su maestro, y esto lo subrayo porque a estas alturas del siglo XXI y en el solar patrio en que habitamos no es frecuente que se honre a los progenitores intelectuales. Si destaco este hecho es porque siempre me ha llamado la atención la devoción que Riera ha manifestado por la figura del profesor Granjel, que puede comprobarse por ejemplo en el ensayo que publicó en la revista *Llull*, en el año 2003, titulado: «*Medio siglo de historiografía médica española: aproximación a la obra de Luis S. Granjel*». En este denso trabajo, entre los muchos atributos granjelianos apunta los siguientes, que de camino y si ustedes se fijan también pueden ser aplicados a la labor científica de Riera, ya que es cierto que la labor de Granjel se basa en dos premisas: la de ser un infatigable cosechador del tiempo y la de saber elegir en cada momento un tema adecuado para la investigación historiográfica de la medicina española; además de ser paciente, trabajar sin descanso y saber esperar la cosecha; una cosecha que no sólo fue germen y abono del Instituto salmantino, como bien apunta Riera, sino también para las siguientes generaciones de historiadores de la medicina.

En todo caso, díganme ustedes si estas mismas palabras con las que define Riera a su maestro Granjel, no se le pueden aplicar también a su propia labor docente e investigadora, sin olvidarnos de que el mismo Granjel ha escrito sobre el gran estímulo y el acicate que supuso el haber tenido cerca a Juan Riera; entre otras cosas, por su empuje en los proyectos y por su «*constancia y tenacidad*». El propio Pedro Laín Entralgo calificó a Riera como investigador «*riguroso y concienzudo*».

Uno tiene la suerte de conocer al profesor Riera desde finales de la década de los ochenta, desde aquellos años en que mi maestro el profesor Antonio Orozco convirtió su cátedra en un paradero común y habitual para tantas y tantas figuras ilustres de la historiografía médica española; posteriormente he tenido ocasión de compartir con don Juan foros y diversos actos de carácter universitario; por ejemplo, los que organizaba ese maestro y amigo llamado Mariano Hormigón Blánquez, que sin ningún género de dudas hubiera dicho aquí esta tarde ideas muy valiosas, además de provocadoras y muy vivas sobre don Juan Riera.

A lo largo de cuatro décadas, el profesor Riera, ha construido una obra docente y de investigación de primer orden. Esto, generalmente, se suele decir en todos los homenajes universitarios de forma tópica y recurrente, pero todos sabemos que en el caso de Riera es verdad. Como docente ha mantenido un compromiso constante con sus alumnos de la licenciatura de medicina y del doctorado, desde la década de los sesenta, tanto en la Universidad de Salamanca como en la de Valladolid; esforzándose por innovar en los contenidos y profundizando en las materias; no se olviden ustedes, por favor, de que en las postrimerías de su carrera docente desarrolló con éxito una asignatura de historia de la dietética y de la nutrición; construida desde la erudición de la bibliografía nacional y extranjera, pero también desde la investigación en los archivos, y él sabe muy bien que en más de una ocasión le he pedido que se anime a ponerla en papel impreso para beneficio de todos nosotros.

Desde mi experiencia personal puedo dar fe del éxito que sigue teniendo entre los estudiantes esa obra pedagógica titulada «*Historia, Medicina y Sociedad*»; obra que por cierto merece una reedición urgente. Todos los que estamos aquí sabemos perfectamente que existen en el mercado editorial importantísimas obras docentes que explican la Historia de la Medicina; entre nosotros, sin ir más lejos, tienen crédito y demanda las de Laín Entralgo, Francisco Guerra, López Piñero o Sánchez González, por citar sólo algunos ejemplos. Puedo dar testimonio que de todo los textos citados, el más apreciado por mis alumnos es el del profesor Riera. Y esto se entiende perfectamente por la originalidad pedagógica de su libro, en el que el alumno puede encontrar capítulos resumidos de la historia de la anatomía, de la fisiología, de la patología, de la cirugía, de la terapéutica, de la psicología, del ejercicio profesional, de las instituciones hospitalarias y de la medicina social, entre otras cuestiones. Y todo ello en capítulos de 25 ó 30 páginas; una magnífica síntesis que nos reconcilia con la capacidad pedagógica, historiográfica y científica de los autores españoles, cualidad o virtud que no suele ser muy habitual entre nosotros. Esta reflexión, fíjense, proviene de mis tiempos escolares en los que admiraba tanto la pedagogía de textos como la embriología de Poirier o la patología médica de Farreras, o los manuales de Costrini y de Stein. Libros que me marcaron profundamente y que aún conservo, aunque en muchos aspectos estén ya desfasados. Cuando leí por primera vez el citado libro de Riera sentí la misma sensación y desde entonces vengo comprobando el crédito que tiene entre los alumnos. Y además, fíjense, en la introducción de este libro el profesor Riera confiesa que su obsesión por la claridad y el orden provienen directamente de su maestro don Luis Sánchez Granjel; y que para construirlo ha recibido la influencia de autores como Sigerist, Temkin, Laín, Sudhoff y Diepgen; y según sus propias palabras, «*de alguna manera se halla presente en este manual lejanos influjos*» de su fugaz y definitivo paso como escolar valenciano del profesor José María López Piñero. Estas palabras fueron escritas hace aproximadamente un cuarto de siglo y me hacen pensar que ojalá definitivamente entre los historiadores de la medicina de España prime la suma y no la resta; prime la valoración y no la desacreditación, porque si lo miramos bien y despacio en el último medio siglo han aparecido figuras muy notables entre nosotros, aunque su forma de concebir la investigación histórica sea diferente, pero lo verdaderamente importante es que estos estudiosos tan notables han aportado y aportan visiones historiográficas que se complementan.

Es imposible resumir en poco menos de media hora toda la producción científica de don Juan Riera; sobre todo si tenemos en cuenta, como ya hemos dicho, que es un investigador plural que ha sido capaz de escribir con solvencia sobre las fuentes árabes en la medicina escolástica medieval; el avicenisismo renacentista en la Universidad de Salamanca; los productos medicinales en la flota a Indias; el protomedicato en Castilla a finales del siglo XV; la materia médica en los hospitales de campaña de la guerra de Aragón en el siglo XVI; la medicina, el lenguaje y la sociedad en el Renacimiento castellano; los cirujanos, urólogos y algebristas del Renacimiento y

Barroco; o las figuras de Lorenzo Alderete, de Juan Izquierdo, de Pedro Arias de Benavides, de Gaspar Bravo de Sobremonte, de Luis Mercado, de Andrés Laguna, de Dionisio Daza Chacón o de Juan Valverde de Amusco, entre otros. O sea que con solo esta escueta nómina, que podríamos ampliar, creo que conseguimos demostrar que las coplas de Riera no son solo del siglo XVIII.

Aunque sí hay que reconocer, como bien ha sabido apreciar con este homenaje el profesor Urkía, que el conjunto de sus trabajos sobre esta centuria lo han convertido en una figura reconocida no solo por los historiadores de la medicina sino también por los historiadores generales. Se puede comprobar lo que digo revisando sus publicaciones sobre la ciencia extranjera en España; el arroz y el paludismo; la ribera del Júcar; la quina; el libro médico; la anatomía y la cirugía española ilustrada y su comunicación con Europa; o bien las instituciones docentes y los planos y reglamentos de los hospitales; o sus estudios sobre Domingo Russi, Pedro Gutiérrez Bueno, Mauricio Echando, Fausto de Elhuyar, Félix Ibáñez, José Madesvall, o la influencia de Boerhaave en España; además de obras como «*Carlos III y los chue-tas*» mallorquines o las polémicas «lulistas» y el Consejo de Castilla. En fin paro aquí la nómina porque no quiero abrumar al auditorio con un exceso de citas.

Pero he dicho antes, parafraseando a ese genio urbano llamado Chicho Sánchez Ferlosio, que por cierto en los ochenta habitó el aire y la luz de Cádiz, que las coplas de Riera no son sólo del XVIII sino que también este espigado valenciano ha tañido la lira de los siglos XIX y XX con la historia de la anestesia, los colegios de médicos, la introducción del método antiséptico de Lister, y los estudios sobre Manuel de la Mata, León Corral, Matías Nieto y Serrano, Francisco Bécars, Pío del Río Hortega, Augusto Pi y Sunyer o Isaac Costero. Y, queridos amigos, últimamente le ha dado un nuevo «golpe de tuerca» a la medicina española de la segunda mitad del siglo XIX, precisamente cuando parecía que ya era difícil innovar metodológicamente en este período tan estudiado, sorprendiéndonos con un libro escrito en colaboración con Cristina Riera Climent, en el que desgrana y analiza a los traductores de obras médicas en España.

La constancia y la tenacidad, efectivamente, han llevado a Juan Riera a impulsar además durante cuatro décadas una de las colecciones de monografías histórico-médicas más prestigiosas de España; me refiero claro está a las «*Actas Histórico-Médica Vallisoletanas*», que alumbró su primer número en 1973 y tuvo su momento culminante en la década de los 90 con la publicación nada menos que de 28 títulos, y aún en los últimos años se ha venido incrementando la colección. Por cierto, una colección en la que el profesor Riera ha publicado obras de gran importancia; pero que también ha sido la base editorial de trabajos muy notables de otros investigadores como Amalia Prieto Cantero, Juan Jiménez Muñoz, María Gloria del Carrizo, Miguel Sánchez Martín, Ángel Bachiller Baeza, Anastasio Rojo, Guadalupe Albi, Carlos López de Letona o Pascual Iborra, entre otros muchos. O sea que el profesor Riera creó una colección de este calado e importancia para convertirla en un jar-

dín publicístico en el que se han plantado sus mejores monografías personales, pero también las de otros muchos investigadores. Estudiemos, por favor, esta colección de monografías y el conjunto de tesis y de tesis que él ha dirigido y podremos comprobar el magisterio que ha ejercido y ejerce en la historiografía médica española, tanto desde el punto de vista de las corrientes «internalistas» como de las «externalistas».

Tendremos que recuperar, más pronto que tarde, los innumerables artículos que Riera ha sembrado en infinidad de revistas; frutos todos ellos de su inquietud y pasión, y también de su rigor y de su velocidad. Recuperemos en formato de libro a ese Riera disperso por todas esas revistas de Dios, y recuperaremos entonces a un Riera a veces cercano y a veces distante, pero siempre libérrimo.

Antes creo que he citado la palabra pasión; una palabra que les aseguro que no está traída aquí por los pelos; son muchos los años que vengo leyéndolo y tratándolo, y en más de una ocasión he pensado que su vida y su obra están entre lo clásico y lo romántico, como bien dice don Antonio Machado. Desde el estrado del conferenciante y en sus escritos he apreciado muchas veces a un Riera clásico que despliega un verbo contenido, y en la calle he vivido a un Riera exuberante y romántico, sabio de naranjas e historias cervantinas.

Por todo esto y por mucho más que no tengo tiempo de referir, este homenaje que organiza aquí el profesor Urkía es muy necesario; sobre todo, señores, insisto, porque es este un país donde priman los silencios y el desprecio de la obra ajena, como bien decía ese gran actor llamado Fernando Fernán Gómez; y, queridos amigos, esa mezquina tendencia hay que romperla.

Querido don Juan: los que creemos en la «*democracia blanca de las azoteas*» esperamos que su voz ilustre y alegre nuestros días en el futuro. Siga usted, por favor, como dice ese otro maestro llamado Luis Rosales, manteniendo la casa encendida. En estos tiempos posmodernos en que prima más el «parecer» que el «ser», necesitamos de un Riera que verdaderamente «es», frente a esas apariciones mediáticas y cotidianas que contaminan la existencia. Querido don Juan: un gran abrazo desde el hondo Sur y un ramo de gracias con la luz de Cádiz.

NOTAS

- 1 Intervención en el homenaje al Prof. Dr. D. Juan Riera Palmero. Palacio de Insausti (Azkoitia, marzo 2009).